

IV

NOCHE DE LUNA.

A mi buen amigo Balbino Dávalos.

¡SUPONGO, mi complaciente amigo, que no has de haber quedado descontento del paseo que te hice dar la noche aquella de feliz recordación, ni disgustado por tu asistencia al gran teatro de Santa-Anna para deleitarte con la hermosa partitura de Meyerbeer. Tiempo hace ya de esto, y ahora que nos volvemos á ver, me complazco de nuevo en invitarte para el paseo de las Cadenas esta noche, domingo 19 de Junio de 1853. El mes en

la reina de la noche, en tanto que otras conservan su brillo á fin de no privar á la tierra del sublime espectáculo del firmamento. Luz y ambiente, puro cuando no lo dañan los hombres, reinan en las calles de la ciudad, en las que ya nos encontramos tú y yo, en camino para el paseo de las Cadenas, ó lugar de las citas amorosas, en donde el travieso hijo de Venus, ligero é inconstante como una mariposa, vuela en giro oblicuo, entre los ramajes



PANORAMA DE MEXICO EN NOCHE DE LUNA.

que estamos es el de las flores y el que ofrece noches verdaderamente deliciosas y más en la época del plenilunio, en la que por una feliz coincidencia, nos hallamos. Aceptas; no es verdad? pues á las siete de esta noche estaré en tu casa.

¡Cuán bellas y seductoras son las noches en México cuando la luna trasmite sus vívidos fulgores por una atmósfera limpia y transparente! Intensa luz que amortigua ó mata la de muchas estrellas que sirven de cortejo á

de los fresnos de la calzada, y si llega á posarse en alguno de éstos, es para ocultarse y herir desde lejos, con certero dardo y á mansalva, á sus descuidadas víctimas, desobedeciendo el llamamiento de la madre que, orgullosa por las tales gracias del niño, le dice:

«Mis fuerzas eres, hijo
y sólo en tí mi gran potencia fijo.»—(Virgilio).

Mas hay que advertir, amigo mío, que ese descuido de que te hablo, tan oportunamente aprovechado por el traidor y alado infante, no

se refiere á las jóvenes, quienes se hallan siempre dispuestas á afrontar el peligro y á ofrecer su pecho descubierto á las saetas de oro del amor, sino á los padres y maridos, á quienes el mocozeulo les hace la jugada de ponerles en los ojos su propia venda.

En el camino encontramos á los mismos voceadores de mercancías que advertimos la otra noche; mas ahora hemos de agregar en los apuntes de nuestra cartera, el que en estos momentos escuchamos, más cadencioso, ciertamente, que los anteriores:



¡Y qué hermoso es el timbre de la voz de esa india! ¡Cuántas coristas y no coristas de la ópera la envidiarían!

A poco se nos presenta un grupo de hombres y mujeres que andan de parranda, éstas entonando bonitas canciones, y aquéllos armonizándolas con los alegres acordes de las guitarras.

Parémonos en el portal de la Fruta para escuchar la pieza sentimental que ejecutan, al pie de las ventanas de la "Gran Sociedad."

MIRADA DE AMOR

Andante

Ya la no-che sea - ve - ci - na y del

sol en tus al-me-nas, debil ra-yo lo ca a-pe-nas, e-clip-sa-ño eclipsando su fulgor. No ha-gas que á mi vis-ta

ro - be, ten-di-da la niebla os-cu - ra, la es-pre

Sión de tu ter - nu - ra, la - mi - ra - da de tu a - mor, la mi

ra - da de tu a - mor.

Ahora, escucha con atención la preciosa pieza "La Golondrina" que, según el prelude nos indica, van á ejecutar los tocadores de guitarra, bandolón y flauta.

LA GOLONDRINA

Andante

Abandonemos el portal y sigamos por la calle del Espíritu Santo, con dirección al "Café del Bazar."

Hállase éste situado en los bajos del hotel de su nombre, frente al templo del Espíritu Santo, al que una generación atacada de indiferentismo, convertirá en una tahona. (*)

Entremos en el Café y conocerás el establecimiento más decente de la ciudad. El aspecto del patio, aunque reducido, es bellísimo: un hermoso jardín con plantas escogidas, de olorosas flores y con graciosas fuentejillas de vistosos juegos de agua, ocupa el centro dejando libres varios senderos que conducen á los no interrumpidos kioscos de la derecha, muy bien pintados, interior y exteriormente, de figuras caprichosas y en cuyas puertas se ven, suspendidas de los arcos principales, hermosas farolas chinescas. ¡Qué magnífico es el efecto

(*) En el lugar de la tahona y de las casuchas de comercio que ocupaban el estrecho atrio del antiguo templo del Espíritu Santo, levántase hoy el edificio del Casino Español. (Véase el grabado de la Primera parte Cap. II.—Paulinos).

que ofrece la espléndida luz de la luna contrastando con la tenue y apacible de la artificial que arrojan dichos fanales y los farolillos venecianos.

A la izquierda hay un salón bien decorado, con sus mesas de marmol, dispuestas como en los demás establecimientos del mismo género; y, por último, al frente una sala, en la que nos instalamos atraídos por el lujo desplegado en el local y lo confortable de él. Hermosos divanes forrados de rico brocatel, alternan con las consolas y los grandes espejos, en que se reflejan las luces de los candelabros y se reproducen las graciosas figuras que adornan los tapices y el cielo raso. En ese agradable retrete tomamos un fino mantecado, después de lo cual salimos del café para continuar nuestro paseo. A la salida del Bazar te sorprende la presencia de un coche que va que vuela, seguido de una turba de granujas, que aturden con su gritería y preguntas ¿qué significa esto?—Los que en el coche van, te contesto, llevan un recién nacido que acaba de ser bautizado en el Sagrario, y esos pilluelos siguen el carruaje, pidiendo á gritos el *volo* á los padrinos. De esta costumbre te daré próximamente pormenores que satisfagan tu curiosidad.

Recorremos la calle del Espíritu Santo con dirección á la de Plateros y, ya en la esquina, te sorprende, con razón, el pobre aspecto de la Joyería de Baric, no obstante ser depositaria de riquísimas alhajas y, en la esquina del frente, que da á San José el Real, una triste paraguera. A tu sorpresa acudo manifestándote que, según mis presunciones, se levantará más tarde, en el primer lugar, un elegante y bello edificio destinado igualmente para Joyería, y se establecerá, en el segundo, una fonda decente y digna de la Capital, establecimiento que al son del arpa gala se le llamará *Restaurant*.

Seguimos por la calle de Plateros en la que á favor de la luna, puedes distinguir, amigo mío, las muestras de los diferentes establecimientos, como son: varias platerías, y la Tapicería de Didier en la acera que mira al Norte, frente de la cual ves, abierta, la famosa Dulcería de Plaisant.

En la calle 1ª de Plateros, llama desde luego tu atención la muestra del gran cajón de ropa "El Tocador de las Damas."

—Bonito nombre ¿no es verdad? me apresuro á decirte, mas te advierto, mi buen amigo, que ese nombre será sustituido por otro, á causa de una epidemia que nos viene de Francia y ha empezado á invadirnos ya con alguna intensidad.

—¿Y cuál será ese nombre?

—Según las tendencias sociales que observo: El *Boudoir* de las Damas.

—¡Vaya con la monería! ¿Y esa otra, *El Zafiro*?

—Igualmente cambiaré de nombre, con motivo de otra epidemia que de más cerca nos amenaza.

—¿Cómo se llamará?

—*Bar Room*.

—¡Jesús, qué barbaridad!

—Así lo verán tus ojos si logras, como lo deseo, prolongar tu vida.

—¿Por qué los Gobiernos no han cuidado de establecer un cordón sanitario?

—Porque no es posible luchar con la adversidad. Esa epidemia debe ser transmitida por los vientos reinantes y proceder, no de microbios que fácil sería destruirlos, sino de un germen colosal que tiene las facultades digestivas del avestruz, que con nada se atraganta y todo lo digiere.

—Según van las cosas, ¿de lo presente qué quedará para lo porvenir?

—Los recuerdos y las corridas de toros.

* * *

Llegamos á la plaza en los momentos en que las sonoras campanas de la Catedral dan el pausado toque de ánimas, contestado por el de los otros campanarios, costumbre establecida desde los primeros años del Siglo XVII.

Son las ocho de la noche y hemos llegado á la esquina del Portal de Mercaderes, y dí si no te causa arrobamiento la contemplación de nuestra anchurosa plaza iluminada por la luna, á pesar de las nubes que en estos momentos han invadido nuestro cielo.

Con excepción del extenso Palacio Nacional que sólo en las almenas que lo coronan ofrece puntos luminosos, todos los demás edificios que rodean la plaza se ven resplandecientes por la argentada luz que de lleno reciben, descollando entre todos, nuestra hermosa

Catedral que aparece con sus elevadas torres resguardada por el fanal del cielo.

La calzada que constituye el paseo de las Cadenas, se halla separada, como puedes observar, querido amigo, del extenso atrio por un gran número de postes de cantería ligados por gruesas y colgantes cadenas de hierro, levantándose en los ángulos que corresponden, uno á la plazoleta del Seminario y otro á la avenida del Empedradillo, los dos hermosos pedestales que sostienen las grandes cruces rojas de piedra. En el mal pavimentado atrio crece la yerba y asoman de trecho en trecho, piedras grandes cuadradas, restos tal vez de la

como de su propio y exclusivo dominio, tanto que puede decirse que ha logrado alcanzar el *trust* del pastel.

—¿Y eso que es?

—¡Otra expresión pedantesca del porvenir!

Al emprender nuestra retirada nos acercaremos al pastelero para que oigas claramente los versos que canta, muchos de ellos picarescos, y mientras tanto, penetremos en la calzada y sigamos la corriente.

Si quieres acertarla, establezcamos nuestro observatorio reclinados en este arriate que por casualidad nos dejan libre. Allí está apoyado



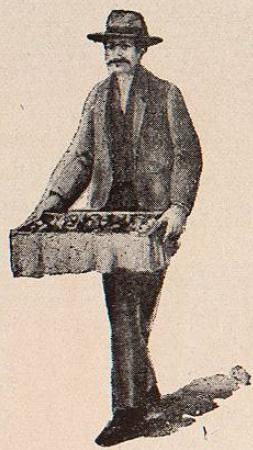
LAS CADENAS EN NOCHE DE LUNA.

primitiva Catedral. El embaldosado de dicha calzada está limitado por una hilera de fresnos, plantados en arriates y defendidos por enverjados de madera. Observa la gran animación que reina en esa larga y estrecha calzada; la gente va y viene sin cesar, en tanto que muchos descansan recargados en las cadenas ó sentados en los bordos de los arriates y en las bancas de piedra, construidas en los espacios comprendidos entre los fresnos. Mira al pastelero, instalado desde muy temprano en el ángulo del Empedradillo, con su aparato en que mantiene calientes los pasteles y su gran lumbrada y siempre lo verás ahí.

Ese hombre se aprovecha de su industria

en el poste, frente á nosotros, un jovencillo boquirrubio que, de vez en cuando, hace señales telegráficas con el puro encendido á esa jóven, casi una niña, que tiene delante. Por nuestra izquierda vienen dos lindas jóvenes, llenando la calzada con sus vestidos de excesiva anchura, según la moda. Una de ellas no cesa de mirar hacia atrás y es que sin duda la sigue el novio. ¡Cómo lucen sus hermosos vestidos á la luz de la luna! los que podemos admirar en virtud de la poca gente que en este momento pasa; una lleva su traje color de rosa con tres olanes festoneados y la otra el suyo, amarillo limón, también con tres olanes guarnecidos de listón y fleco; las dos ostentan ricas

manteletas y sombreros de paja, á la moda, cuya ancha falda les cubre casi completamente el rostro. Mira con qué donaire la enamorada saca por debajo de la manteleta la mano y entrega al novio una carta, sin que lo adviertan el papá y la mamá que vienen detrás.



EL DULCERO.

Por este orden continuamos observando y divirtiéndonos con la diversidad de trajes, según la clase y distinción de las damas, y conforme á los diferentes gustos de los hombres particularmente por lo que respecta á los abrigos, pues al lado de las capas españolas de cuello de nutria y vueltas de terciopelo, se ven *las románticas, talmas* de diversos colores, *montecristos* y capotes militares, distrayendo á cada momento nuestra atención los *voceadores* que ofrecen ya los caramelos de esperma y las al-



EL PASTELERO.

mendras garapiñadas, ya el turrón de almendra, las gorditas de horno y las rosquillas de maíz *cacahuacintli*. En este momento las nuevas suenan en el reloj de la Catedral, hora en que

la retreta rompe frente del Palacio Nacional, ó sea el momento en que se retiran á sus cuartel las bandas de los diversos cuerpos de la guarnición. Al toque especial de cornetas y tambores vemos marchar las diversas bandas por la plaza, tomando distintos caminos para desaparecer por las bocacalles. No hace mucho tiempo que esas bandas, á causa de la insuficiencia del alumbrado público, caminaban á favor de la luz de sus *marmotas*, que consistían en voluminosas farolas de lienzo blanco completamente esféricas, que eran conducidas en astas de maderas por soldados que iban adelante de aquéllas. Algunos cuerpos han sustituido las *marmotas* con elegantes farolas de cristal. Las bandas van acompañadas de sus músicas, á las que les está prohibido detenerse en las calles para dar concierto ante la casa de algún jefe de graduación, según costumbre que habían establecido, y sólo por permisión especial se queda alguna en la plaza para que el público goce, por un par de horas, de la llamada *retreta* ó sea de la audición musical. Después del toque de retreta ningún soldado anda franco en la calle.

Mucha gente se retira del paseo de las Cadenas para ir á recrearse con las armonías de la música en el andén del Palacio Nacional. Han sonado ya las diez, hora prudente pa-

ra retirarnos; pero antes quiero que oigas cantar al famoso pastelero. El aparato que éste tiene sobre una mesa y en la cual conserva calientes los pasteles, consiste, como ves, en un tripié de fierro que sostiene un aro de barril sobre el cual descansa de costado una olla grande de barro que contiene por adentro los pasteles y por encima rajas de ocote ardiendo. El pastelero, sin darse tregua ni descanso, entona con voz nasal sus picarescas canciones, con el fin de atraer á los compradores, y escucha lo que canta:

A cenar, pastelitos y empanadas, pasen niñas á cenar.



Mi vecina de allí enfrente
Se llamaba Doña Clara;
Y si no se hubiera muerto,
Todavía así se llamara.

A cenar, etc.

Señorita, señorita
La de la mascada negra,
Dígale á su mamacita
Que si quiere ser mi suegra.

Las mujeres al querer
Son como el indio al comprar;
Aunque las despachen bien
No cesan de regatear.

A un Santo Cristo de fierro
Yo mis penas le conté,
Y el Santo Cristo me dijo:
¿Y á mí, qué me cuenta usted?

El pobre que se enamora
De mujer que tiene dueño,
Queda como el maladrón
Crucificado y sin premio.

El pobre que se enamora
De una muchacha decente,
Es como la carne dura
Para el que no tiene dientes.

Un perdido, muy perdido,
Que de perdido se pierde,
Si se pierde ¿qué se pierde,
Si se pierde lo perdido?

Si quisiéreis prosperar,
Catrincitos, en la vida,
Sacudid á los de abajo
Y adulad á los de arriba.

A cenar, pastelitos y empanadas, pasen rotos á cenar.

Como que te chiflo y sales,
Como que te hago una seña,
Como que te vas por leña
Y te vas por los nopales.

Triste y desolada estoy,
Por tener un novio tuerto,
Porque más me convendría
Que fuera del todo ciego.

En la medianía del mar
Le dijo Cupido á Venus:
De un rayo te escaparás,
Pero de mí, lo veremos.

Si quieres que yo te quiera
Manda enladrillar el mar,
Y después de enladrillado,
Soy tuya y puedes mandar.

El sereno de esta calle
Me quisiera hacer favor
De prestarme su linterna
Pa devisar á mi amor.

A cenar pastelitos y empanadas, pasen niñas á cenar.

A una niña allá en los toros
Dióle muy fuerte vahido,
Porque al ver salir el toro
Pensó que era su marido.

Cuando uno quiere á una,
Y esta una no le quiere,
Es lo mismo que si un calvo
Se encuentra en la calle un peine.

Dicen que un sol en el cielo
Para alumbrar puso Dios;
En el cielo puso uno,
Pero en tu carita, dos.

Mordió un gato á un escribano
Y él clamó con sentimiento:
Ten gatito miramiento,
Advierte que soy tu hermano.

Con medio se regalan cinco.
Dos comiendo,
Dos mirando
Y una vieja regañando.